[Otra edición en: *Homenaje a Alejandro Ramos Folqués: ciclo de conferencias desarrollado en Elche entre los días 25 y 29 de noviembre de 1985*, Elche, Caja de Ahorros del Mediterráneo, 1993, 85-97. Versión digital por cortesía de los herederos del autor, con la paginación original].
© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

El carnassier de Elche

Antonio Blanco Freijeiro

[-85→]

Al expresar mi satisfacción por encontrarme una vez más en Elche quisiera enlazar con algo que evoque la memoria de aquél entrañable amigo que fue don Alejandro Ramos Folqués.

En el año 1957 vine a Elche, invitado por don Alejandro Ramos, y tuve ocasión de estudiar con todo el detenimiento que entonces era posible, de fotografiar y de examinar con una liberalidad rara, rara entonces y hoy más rara todavía, todas las piezas de La Alcudia; pude llevármelas, sacarlas al sol para fotografiarlas, porque entonces se consideraba que el astro solar permitía un enfoque especialmente efectista y al mismo tiempo fiel de lo que las piezas eran. En fin, reuní una serie de materiales que dos años más tarde, en 1959, me permitieron hacer un largo recorrido por Alemania, empezando por Heidelberg y terminando en Berlín, dando en universidades como Friburgo, Bonn, Münster, Westfalia, Marburgo, etc. conferencias sobre el arte ibérico.

Aquellas conferencias que se publicaron con el mismo título con que la conferencia principal se daba en Alemania, «Las raíces clásicas del arte ibérico», se publicaron en el número 1 de M.M. y creo que contribuyeron en cierta medida a valorar bajo el prisma de las influencias clásicas el arte ibérico en un momento en que la gente tendía quizás a desentenderse de esa que me parecía, y a otros les parecía y parece, evidente relación.

De modo que para mí es hoy una satisfacción insistir en algunos aspectos de aquella misma conferencia, en cuya elaboración don Alejandro participó con su saber, su experiencia y sus materiales, que se pueden afortunadamente esclarecer con nuevos hallazgos y sobre todo con nuevos trabajos entre los que algunos de los aquí presentes y en particular, creo yo, de los sentados en esta mesa, tienen también su parte de colaboración.

[-85→86-]

El Carnassier de Elche

La palabra *carnassier* estuvo a punto de adquirir carta de naturaleza en lengua española a principios de siglo (como la adquirió *dossier* en el argot de la documentación), para designar al cuadrúpedo más típico de la cerámica de Elche-Archena del periodo Ibérico-II (el que se extiende desde fines del siglo III hasta principios del I a.C.). Se trata de una bestia de cierto tamaño, que uno duda entre considerar perro, lobo, o incluso león, un león bastante alambicado, como lo es toda la ornamentación que lo acompaña en los vasos, y como lo es también el pajarraco de alas explayadas con que a menudo alterna en los tarros y tinajas de la cerámica en cuestión.

Arthur Engel y Pierre Paris, los hispanistas franceses que a fines del XIX y principios del actual impusieron su autoridad en los estudios ibéricos, emplearon la palabra *carnassiers* por conveniencia de un nombre menos específico que los de los carnívoros

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

antes citados. Tuvieron razón en el empleo de ese término, más preciso que el de *carnivore*, por ser específico de animales y no como éste, aplicable por igual a los animales y al hombre.

Por consecuencia, cuando el segundo de los citados describe el fragmento del magnífico vaso de Elche, del Museo Arqueológico Nacional de Madrid, al que dedica la lámina del frontispicio del tomo II de su gran tratado de arte ibérico, lo hace con estas palabras: *un carnassier, chien ou loup, faisant la chasse à de grands oiseaux* [1].

Ya tenemos, pues, al carnassier llamando a las puertas de nuestro idioma y de cuantos aspiren a tratar de temas ibéricos. Una publicación alemana de los años veinte, investida del prestigio de que entonces gozaba el primero de sus dos autores, el gran Obermaier, no vacilará en adoptar el término carnassier o pretexto de que «también los autores españoles citan a este animal fantástico (lobo?) con el mismo nombre» (*auch die spanischen Autoren zitieren dieses phantastisches Tier* (*Wolf?*) *unter dem gleichen Namen*) [2].

Como buen prehistoriador, Obermaier era escrupuloso en la denominación de los animales, de modo que si optó por el circunloquio «animal fantástico (¿lobo?)», fue porque no sabía a qué carta quedarse. Entonces no se conocían tantos vasos con carnassiers como los hoy disponibles, pero aun así, y conociendo sólo tres, Obermaier hizo observaciones atinadas, v.gr.: «Las orejas puntiagudas (del ejemplar en estudio) están extendidas hacia delante, mientras que en los otros dos mencionados lo están hacia atrás»; «los dientes están en todos los ejemplares, representados en forma de sierra, aunque diferentes en detalle»; «nuestra pieza muestra una lengua encorvada hacia abajo y muy echada hacia fuera»; «las zarpas, estilizadas como aletas natatorias, son semejantes en todos los ejemplares».

Cabe añadir por nuestra parte que los ojos suelen tener forma de coma, dentro de la cual el iris y la pupila se dibujan como un círculo con un punto central o como dos círculos concéntricos; el pelo del cuello se deja en reserva y lo mismo los costillares, dibujándolos a línea sobre el fondo claro; la cola del animal es fina y totalmente desprovista de pelaje.

El realce del pelaje del cuello y la cola desprovista de crin abonan la interpretación del carnassier como un probable león, mientras que el hocico y las orejas largos y puntiagudos favorecen la candidatura del lobo. En esta mescolanza de elementos de cánidos y félidos, los iberos no se diferencian gran cosa de otros muchos artistas del norte del Mediterráneo, incluidos los griegos. La falta de leones en las tres penínsulas de la Europa meridional contribuyó seguramente a la oscuridad que envuelve tantas veces a la figura del león. Pero si aquí la ignorancia explica las impropiedades, no ocurre lo mismo en el caso del lobo. En éste parece haberse producido muchas veces una mezcla deliberada de rasgos del león y del lobo. La famosa Loba Capitolina, con su crin de león, ofrece un ejemplo clarísimo de lo que pudo ocurrir con el **[-86→87-]** carnassier de la cerámica de Elche-Archena. Por eso seguramente, Obermaier sugiere con interrogante la denominación de «lobo» como candidato más probable. Pero nadie puede darlo por cierto.

En raras ocasiones el carnassier aparece en compañía de un hombre, a píe o a caballo. Este último es el caso de un fragmento de la Albufereta de Alicante, donde el jinete lleva una palma que pudiera ser el símbolo de la victoria obtenida o anticipada sobre el

[1] P. Paris, *Essai sur l'art et l'industrie de l'Espagne primitive*, 2 vols. Paris 1903 y 1904, II, pág. 91.
[2] H. Obermaier y C. W. Heiss, «Iberische Prunk-Keramik vom Elche-Archena-Typus», en *IPEK* 1929, 56-73.

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

monstruo que le hace frente [3]. El segundo es el Vaso del Héroe, del Museo de la Alcudia de Elche, llamado precisamente así por el gallardo doncel que tocado de un largo y puntiagudo bonete —no nos atreveríamos a llamarlo berretina— ase al animal de su larga lengua saliente. Ignoramos si se trata de escenas de género, representativas de la proeza de un bravo zagal ibérico sobre el temible depredador, o si será un cazador mítico, como el Orion griego, un amante de la caza, capaz de llevar esta afición hasta los dominios del Más Allá. Ni siquiera se excluye a un posible dios de la caza, o a un dios-lobo como el Faunus itálico.



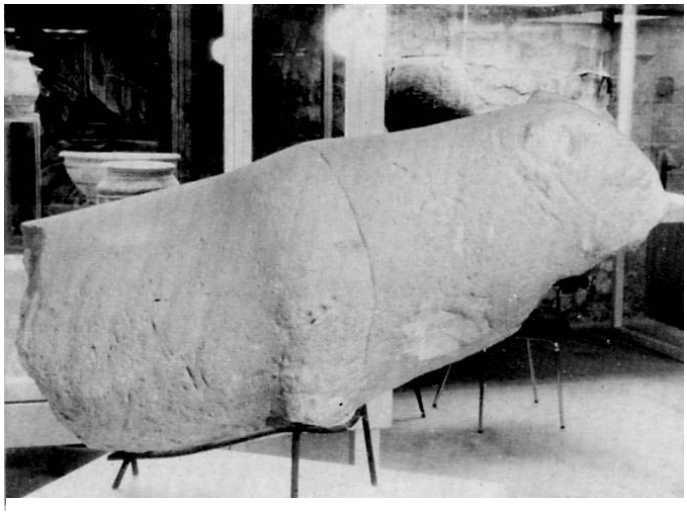


Fig. 1 y 2. Loba - leona de Elche

El Carnassier del Parque de Elche

Las varias representaciones de carnassiers en la escultura ilicitana han demostrado desde hace tiempo que cuando este cuadrúpedo aparece en la cerámica del Ibérico-II no era la primera vez que él mismo o sus parientes lo hacían en el arte de estas tierras. Pero aquí se trata ahora de una pieza magnífica, el fragmento (por desgracia fragmento, como de costumbre) de una estatua zoomorfa, hallada hace poco, a distancia suficiente de La Alcudia para no tener relación necesaria con aquel enclave ibérico, y donde quizá era menos de esperar, entre las piedras de una necrópolis antigua situada en el parque municipal de Elche-ciudad, excavada y en proceso de investigación por don Rafael Ramos Fernández, director del Museo de Elche.

El fragmento de estatua (figs. 1 y 2) mide 90 centímetros de largo desde la rotura del hocico al corte casi vertical del cuerpo al nivel de las costillas últimas, cerca ya de los cuartos traseros. Le faltan en la cabeza el hocico y la mandíbula inferior, gran parte de las orejas, y lo papada; ha perdido también la mayor parte de los dos brazos, de los que quedan los muñones.

Bajo la ancha frente, partida en dos por un surco **[-87→88-]** vertical, se abren unos ojos prominentes, dentro de los cuales están incisos, enteros y a compás, los círculos concéntricos del iris y de la pupila, vehículos de una expresión terrorífica. En la base del cuello, una línea en resalte recorre el perímetro de la figura desde delante de los brazos hasta la cruz, lo que vendría a ser e límite de una crin que debió de estar pintada. Tam-

[3] *Historia de España Menéndez-Pidal*, I, 3, pág. 638 fig. 601.

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

bién las costillas están separadas por leves surcos, grabados en el fondo de depresiones delicadamente modeladas. Todo el modelado de la anatomía revela una mano maestra, tanto en la cabeza como en el cuerpo de la fiera.

La inclinación de los arranques de los brazos indica que el animal estaba agachado o sentado sobre sus cuartos traseros, en la postura de tener asida a una presa. No faltan ejemplos de tal ocupación en otras estatuas de fieras del arte ibérico: la loba del Cerro de los Molinillos en Baena (Córdoba), amamantando a un lobezno mientras sujeta a un cordero bajo sus patas delanteras (figura 3), otro lobo devorando a un cordero en un espléndido grupo de Porcuna (Jaén) y uno más haciendo lo mismo en otro ejemplar de Cártima, Málaga [4]. Parece como si en el nuevo carnassier de Elche debiéramos suponer un eslabón de la misma serie, por mucho que el reborde de la melena, sugerente de un león, nos obligue a extremar la cautela. Tampoco hay que olvidar que en la fase siguiente del arte hispánico, el de la era hispano-romana, y aún en el de la transición ibero-romana, el grupo de fiera y cordero no cuenta con el lobo, sino con el león, y un león del tipo de Bornos, dependiente de modelos italianos perfectamente conocidos [5].



Fig. 3. Loba del Cerro de los Molinillos de Baena (Córdoba). Col. Romero de Torres.

Ni por su tipo iconográfico ni por su estilo plástico el nuevo carnassier de Elche muestra parentesco con el más común de los leones ibéricos, el león acostado de aspecto sirio-hitita, muy abundante en las provincias de Jaén, sobre todo, por ahora, en La Guardia [6], y de Córdoba, con Baena y Nueva Carteya como estaciones punteras [7]. Tampoco escasea en el Sudeste, después de los hallazgos de Pozo-Moro, en la provincia de Albacete [8].

Por el contrario, los parientes más próximos del nuevo carnassier de Elche, en su propio campo de la escultura, se encuentran en el Grifo de Redován [9] y entre las escultu-

[4] P. Paris, op. cit. I, pág. 137.
[5] *Historia de España Menéndez Pidal,* nueva redacción, Madrid, 1982, vol. II, 2, pág. 653 s. fig. 346.
[6] A. Blanco en *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses,* XXII figs. 34-46.
[7] T. Chapa, *La escultura ibérica zoomorfa,* Madrid 1985, pág. 94 ss.
[8] M. Almagro Garbea, en *Madrider Mitteilungen* 24 (1983) lám. 18-22.
[9] T. Chapa, op. cit. pág. 54 s. lám. VII.

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

ras de Porcuna, a saber: el verosímil lobo que clava sus colmillos en el cuello de un cordero —de un cordero cuya cabeza se parece muchísimo a las de los *rhyta* griegos criomorfos— (figs. 4 y 5), y al león que se debate con una serpiente que sale de una palmeta. El parentesco no estriba tanto en **[-88→89-]** coincidencias de detalle, cuales podrán ser los



Fig. 4. Obulco



Fig. 5. Obulco

modos de estar hechos los ojos y las orejas, como en la concepción del animal en cuanto ser vivo (y no como un símbolo o un elemento ornamental de finalidad apotropaica, el caso de los leones antes citados).

Esa vitalidad, unida a un sencillo naturalismo, es la característica más saliente de la llamada escultura ibero-focense [10], que florece en el Mediodía y Levante entre los siglos V y III a.C. Este florecimiento cae, por tanto, mucho antes del período Ibérico-II, al que corresponde la cerámica de los carnassiers y las águilas. Sin embargo, en él se produjeron los gérmenes y las raíces de esas manifestaciones tardías del arte y de la cultura ibérica.

Por último, la función de esta nueva estatua ilicitana que hemos supuesto león devorando un cordero, sería la de guardiana de una tumba de la misma necrópolis en que apareció, monumento despiadadamente destruido como todos o casi todos sus coetáneos [11].

SIMBOLISMO PROFANO Y RELIGIOSO DEL LOBO

¿En qué parcelas de la vida ibérica antigua no figuraría ya el lobo? Locuciones hoy usuales como **[-89→90-]** «meterse en la boca del lobo», «noche oscura como boca de lobo», «verle la orejas al lobo», etc. debieron de serlo ya en aquel entonces. Y también supercherías como la muy conocida que refiere San Isidoro (*Orig.* XII, 2, 24), según la

[10] A. Blanco, *Historia del Arte Hispánico Alhambra*, I, 2, págs. 40 sigs.; J. M. Blázquez, J. G. Navarrete, «The Phokaian Sculpture of Obulco in Southern Spain», *American Journal of Archaeology* 89 (1985) 61 sigs.
[11] R. Ramos Fernández, Demarcación ibérica en el Parque de Elche, en *XVII C.N.A. Canarias*, en prensa.

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

cual el lobo tiene el poder de inmovilizar y enmudecer al hombre si lo ve antes de que éste lo descubra a él, *lupi Moerim videre priores,* como se lamentaba el pastor de Virgilio (*Egl.* IX, 54).

Amén de sujeto de mil cuentos y consejas, el lobo debió de gozar de cierta consideración positiva. En todas las sociedades ha sido así. Tanto en la Grecia clásica como en la Roma Imperial, la gente lo consideraba un animal dañino, y como tal merecedor de exterminio, pero al mismo tiempo reconocía que en remotos tiempos había gozado de otra consideración y hasta desempeñado nobles cometidos como el de la lactancia de Rómulo y Remo.

En prueba de estima hacia el animal, las monedas de la ceca de *Iltirda* (Lérida), importantísimas en la primitiva circulación monetaria del área del nordeste, estampan la figura de la loba incluso por debajo del Pegaso de sus dracmas de imitación ampuritana. Y lo mismo hace la ceca de *Ilteraca,* muy influenciada por Cástulo, y como ésta, seguramente en la cuenca alta del Guadalquivir [12].

Un valor emblemático o heráldico pudiera tener la cabeza que decora el magnífico pectoral del guerrero de La Alcudia de Elche, pero también aquí se nos plantea la duda de si a pesar de sus orejas puntiagudas, no se tratará de un león. La cabeza en sí parece la de un lince, pero lo más adecuado sería la de un león, como era costumbre en los pectorales de guerreros mediterráneos. De ellos encontró Cabré una buena muestra en Peal de Becerro [13], y por ella he considerado siempre león al animal del guerrero ilicitano. Lo mismo ocurre con el umbo del escudo de la Minerva de la muralla de Tarragona [14] y con las páteras de Tivisa y demás tesoros de argentería, donde lo que se pretende representar es un león como el de sus modelos helenísticos. Otra cosa es que la copia sea convincente. Estimo, en consecuencia, que una vez más se hace sentir la necesidad de un término como carnassier, que no comprometa ni obligue a pronunciarse sobre la especie del animal representado.

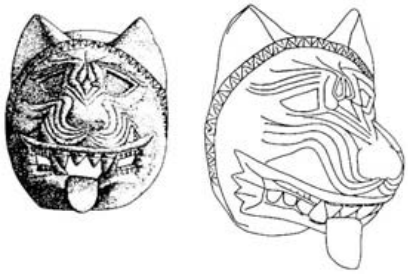


Fig. 6. Remate de uno de los brazos de bronce de Máquiz

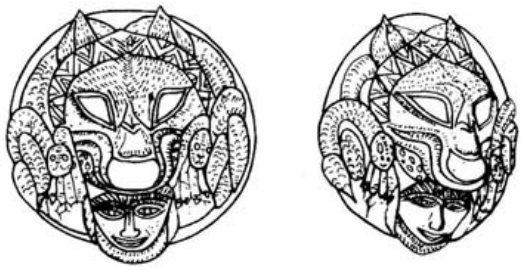


Fig. 7. Medallón central de la pátera de Perotitos.

Si el estrecho tupé de crin que orla la frente de estos carnassiers por delante de las orejas impone una cautelar reserva, por ser más propia de los leones que de los lobos, creo que no se pueden considerar de lobos, sino más bien de leonés, las cabezas que rematan los dos apliques de bronce de Máquiz, (figura 6) del Museo Arqueológico Nacional [15]. En

[12] A. Vives, *La moneda hispánica,* II p. 176, ceca 96; M. Gómez Moreno, «La escritura bastulo-turdetana», Madrid, 1902, pág. 85 sig.
[13] J. Cabré, en *AEAArq.* I (1925) 91 fig. 23.
[14] W. Grünhagen, en *Madrider Mitteilungen* 17 (1976) 209 sigs. láms. 42 y 43 a. y versión española en *Boletín Arqueológico Tarraconense,* 1976-77, pág. 87 sgs.
[15] M. Almagro, en *Trabajos de Prehistoria* XXXVI (1979) 176 (33) sigs., figs. 1 y 2.

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

este punto difiero de la interpretación de su primer editor y más aún lo hago en el punto de la cronología, que él sitúa en el período orientalizante de los siglos VIII-VI a.C. (op. cit. pág. 184), y yo considero del siglo II a.C. Para ello me baso no sólo en la ausencia de indicios prerromanos, sino en el estrecho parentesco existente entre estas cabezas y la que decora el umbo de la pátera de Perotitos (figura 7), datable a fines del **[-90→91-]** siglo II a.C. [16]. Comprendo que la diferencia cronológica es abismal, pero me parece fácil comprobar dónde está la razón, cotejando los bronces y la pátera. Bien entendido que también considero que el animal de la pátera es probablemente un león, como ya sostuve en anterior estudio [17] y no un lobo como dictaminan los autores Griñó y Olmos (*op. cit*. en nota).

Por el contrario, las cabezas de los otros dos bronces de Máquiz, los conservados en la Real Academia de la Historia [18], tienen muchos visos de ser lobos, pues les falta la orla de crin y cualquier otro atributo leonino. Por su hocico largo y romo parecen perros dogos, de orejas recortadas. Uno de ellos, además, está fundido en un esquema uniforme con una cabeza humana que no sabemos si considerar varonil o femenina, posibilidad esta última que parece la más probable. Lleva, en efecto, un torques o collar de alambres enrollados como la diosa alada de los pendientes de Santiago de la Espada [19] y aretes en las dos orejas. Tal vez sorprenda un poco su frente rasurada, pero cabe recordar al respecto el aserto de Artemidoro — en Estrabón, III, 4, 1 7— de que «Otras mujeres ibéricas se depilan la parte alta de la cabeza, de modo que resulta más brillante que la frente», a propósito de lo cual observa García y Bellido: «Se sabe que en Vasconia, hasta el siglo XVII, las solteras y doncellas iban con la cabeza rapada» [20].

Una cabeza femenina fundida o respaldada por otra de un lobo daría una cumplida imagen de una diosa tartésica del mas allá a la que Aviene da el nombre de *inferna dea*, y a la que —dice— estaba consagrado un cabo de la actual costa de Hueva, y en el mismo un suntuoso templo *[divesque fanum]*, una cueva y una cripta reservada (*penetral abstrusi cavi adytumque caecum)* [21]. Para los hombres del Mediterráneo antiguo, la asociación del lobo con las divinidades de la noche y de la tierra parecía natural [22] y no hay razón para pensar que el mediodía peninsular constituyese una excepción. Schulten cree que la *inferna dea* tenía en La Rábida el templo y la cueva a que Avieno se refiere [23]; también considera que la diosa «acaso sea la misma que recibió culto en distintos lugares de la Beturia con el nombre de Dea Ataecina Turibrigensis Proserpina». De ser ello cierto, no tendría nada de raro que el *adytum* citado a que Avieno se refiere no sólo fuera un lugar reservado e inaccesible a los profanos, sino que los intrusos corriesen el peligro de perder su sombra si quebrantaban la prohibición, o lo que es lo mismo, pasasen a engrosar las huestes de la muerte.

El santuario rupestre de la cueva del Collado de los Jardines, tan rico en bronces votivos de todos los iberos que transitaban por Despeñaperros, debió de ser otro de esos lugares de culto ctónico, donde no sólo hay que presumir los aspectos rituales del culto

---

16 K. Raddatz, *Die Schatzfunde der Iberischen Haibinsel*, Berlín, 1969, pág. 151 sigs. láms. 63-64; B. Griñó, R. Olmos, *Museo Arqueológico Nacional, Estudios de Iconografía* I.1. Madrid 1982, 20 s. lám. III.
17 A. Blanco en *Cuadernos de Estudios Gallegos* XXXIV, 1950, pág. 178 sig.
18 M. Almagro, op. cit, figs. 4 y 5.
19 A. Blanco, en *Cuadernos de estudios gallegos*, 1957, detalle en lám. XV, b.
20 A. García y Bellido, *España y los españoles hace dos mil años*, nota 276.
21 Avieno, O.M. 241-243.
22 M.P. Nilsson, *Geschichte der griechischen Religion*, 2.ª ed. München 1955, I, pág. 398 ss.
23 A. Schulten en *Fontes Hisp. Ant.* I pág. 109.

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

funerario, sino los de la tierra como fuente de salud y de vida. ¿Creerían los iberos que los primeros hombres habían salido del seno de la tierra por aberturas de cuevas como éstas? Es muy probable que sí.

Siguiendo la pista al lobo en esta zona de la Alta Andalucía nos encontramos en las cercanías de Máquiz con un documento que hubiese hecho las delicias de Salomón Reinach y de cuantos como él veían en el totemismo una de las raíces universales de la religión humana; nos referimos a un bello sarcófago de piedra recubierto por una piel de lobo con manos tan humanizadas que su editora no vacila en calificarlas de humanas en sentido estricto [24]: la cista de Villargordo, arqueta que hubiera valido para dar a un lobo la digna sepultura que los practicantes del totemismo prescriben para su tótem. Así leemos en Gómez Tabanera: «El clan acostumbra a sustentar y mantener individuos de la especie totémica. Un animal tótem es llorado y enterrado como un miembro del clan cuando es hallado muerto. Ocasionalmente, cuando se ven obligados a matar un animal tótem, lo hacen observando cierto ritual de excusa y un ceremonial expiatorio. El miembro del clan procura en multitud de casos acentuar su parentesco con el tótem, tomando exteriormente cierta semejanza con él, por ejemplo cubriéndose con la piel del animal, tatuándose su imagen en el cuerpo, etc.» [25]. De tales prácticas pudiera provenir la costumbre de esculpir en las tapas de algunos sarcófagos egipcios la piel de pantera que era **[-91→92-]** ornamento sacerdotal. En la sala 47 del Museo del Cairo se exhibe un ejemplar espléndido del Imperio Antiguo, cuya tapa es lo más parecido que conocernos al ibérico de Villargordo.

Cistas con un animalito acostado en la tapadera se conocían ya desde los descubrimientos de Galera, pero ésta de Villargordo se sale tanto de lo corriente, y aún de lo esperado, como para desconcertar a cualquiera. Una piel de animal como ésta, de tamaño natural, no se conoce más que en otras latitudes y épocas, como en los de Egipto a que acabo de referirme.

Tal vez en Atenas no sorprendería tanto, pues no faltan noticias —y noticias que se han aducido en pro de las raíces totémicas de la religión griega [26] — de que en Atenas se daba sepultura ritual a los lobos en el lugar mismo de su muerte. No es que yo crea que la cista de Villargordo fuese destinada a un lobo, pero no descarto que la piel de lobo sea en ella un indumento sacerdotal o nobiliario.

El lobo en Egipto y Grecia

¿Qué razones pueden inducir al hombre a sacralizar a un animal y concretamente al lobo? Admitamos las del totemismo, es decir, las de la creencia en el parentesco de un clan con el animal en cuestión. Hay constancia de que pueblos antiguos como los hirpinos de Italia se tenían por descendientes del lobo, y de hecho *hirpi* es una forma dialectal samnita equivalente a *lupi*. Por formas residuales como ésta, alguna vez podría llamarse «lobos» a tales o cuales gentes, como hace una vez Esquilo (*Suplicantes* 760) refiriéndose a los argivos.

Pero además hay otras v.gr.:

Diodoro (I, 88, 6 s.) aduce tres motivos para explicar la sacralidad del lobo entre los egipcios, a saber:

1) Su semejanza con el perro (o con el chacal, animal sagrado de Anubis).

---

[24] T. Chapa, op. cit. 91 y 79, lám. VII y *Trabajos de Prehistoria, 36*, 1979, 445-453.
[25] J. M. Gómez Tabanera, *Totemismo*, Madrid, 1955, pág. 50.
[26] M. P. Nilsson, op. cit. 212; R.E. Suppl. XV, 1978, col. 971, s.v. «Wolf» (Will Richter).

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

2) Osiris había asumido forma de lobo para socorrer a Isis y a Horus contra Tifón.

3) Manadas de lobos ahuyentaron a los etíopes cuando estos invadieron Egipto.

Nada de esto consta en fuentes egipcias; únicamente que el culto al lobo estaba muy arraigado en Lykónpolis, donde se tenía al lobo por adelantado a ejército rea victorioso a frente de otros dioses, todos ellos seguidores de Horus; en otros términos, el lobo parece asumir aquí el carácter de dios de la guerra.

En Grecia misma el lobo se encuentra estrechamente asociado con Zeus y con Apolo. La relación con e primero aparece muy clara en el caso de Zeus Lykaíos, divinidad principalísima en Arcadia, pero no porque Zeus fuese allí un dios-lobo, sino porque su lugar de culto era un *Lykaion oros*, o «Monte del Lobo» [27]. Casos como éste, de asociación de un dios con un animal por una razón tan simple, han debido de ser muy corrientes en el mundo antiguo, sin que sea necesario pensar en que un dios antropomorfo desplazase o se confundiese con un dios teriomorfo. Claro que una vez aceptada a relación, la erudición y a musa popular han solido adornarla de variadísimas leyendas etiológicas oscureciendo muchas veces la verdadera causa del sincretismo.

Zeus Lykaíos se había así granjeado fama deque en remotas edades había aceptado sacrificios humanos. Con tal motivo Pausanias incide por dos veces en una cuestión que siempre ha fascinado a la mente popular: la licantropía, la creencia en el hombre-lobo: «Así dicen que siempre se convierte en lobo, desde Licaón, el hombre que sacrifica a Zeus Lykaíos, aunque esta conversión no es para toda la vida, pues, si una vez lobo, no prueba la carne humana, vuelve a los diez años a convertirse en hombre, mientras que si la prueba, permanece siempre animal» (Paus. VIII, 2, ó). Ya antes el mismo autor había dicho: «De un púgil arcadio... llamado Damarco... se cuenta el hecho increíble, fábula de hombres mentirosos, de que se convirtió en lobo al sacrificar a Zeus Lykaíos, y después de diez años volvió a ser hombre» (Paus. VI, 8,2).

La literatura antigua se hace eco de éstos y de otros casos de licantropía. Herodoto (IV 105) cuenta de los *neúroí*, vecinos de los escitas, que unos días al **[-92→93-]** año se convertían en lobos y luego recobraban su anterior estado. Herodoto no creía en el relato, aunque se lo jurasen. Tampoco Petronio daba crédito a la historia del soldado que se despoja de sus vestidos, orina sobre ellos, se transforma en lobo, rompe a aullar y busca asilo en el bosque (*Sat.* 62,6). Y sin embargo, abundan las noticias que demuestran que la creencia era universal entre los pueblos de Europa, germanos y demás. Siendo así no es preciso recurrir a interpretaciones de ligas del tipo de la *Männerbund, koúroí, kourétes* y otras. El lobo tiene poder numínico suficiente para suscitar fábulas tan extendidas, que hasta la medicina antigua se sintió obligada a ocuparse de ellas. Dice Will Richter, con razón, que el fenómeno de la licantropía «se ha de referir más bien a la relación arcaica general del hombre con el animal, en particular con el animal poderoso o misterioso con quien aquél trata de identificarse» [28].

Apolo es, entre los dioses griegos, el más vinculado con el lobo, y no porque este animal se significase mucho en los mitologemas del dios (Apolo asume una vez la forma de lobo para acostarse con Cirene y otra para dar muerte a los Telquines), sino porque uno de sus más clásicos apelativos era el de *Lýkeios* o *Lýkeos* que sugiere inmediatamente la idea de un dios lobo o de un dios que ha suplantado a otro de naturaleza lobuna. Y esto no sólo nos ocurre a los modernos, sino también a los antiguos, como en seguida vamos a ver.

[27] Nilsson, op. cit. 398 s.
[28] W. Richter, en R.E. cit. col. 975.

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Otra epiclesis de la misma raíz que *Lýkeios* era *Lykegenés*, «*nacido de loba*», empleada por Homero, loba que para exégetas posteriores, con Aristóteles a la cabeza, no era otra que *Letona*. Pero no todos los autores antiguos y modernos explican así este apelativo, sino como «*nacido de la luz*», «*oriundo de Oriente*», o más precisamente, «*de Lidia*». La predilección de Apolo por los troyanos frente a los griegos es sólo uno de los muchos argumentos que pueden esgrimir los partidarios de su origen asiático. Wilamowitz fue un ardiente defensor de esta tesis de la oriundez lidia del culto de Apolo. Hizo falta que Kretschmer como filólogo, y K.F. Otto como historiador de las religiones, asumiesen la defensa de la helenidad del *Lýkeios* para que la tesis licia quedase malparada [29].

Si el mito de Apolo apenas da entrada a la figura del lobo, no sucede lo mismo en los cultos locales y en los monumentos de la Grecia clásica. Apolo Liceo tenía en Argos su principal santuario, de ahí que a los argivos se les conociese también como «los lobos», y que sus monedas exhibiesen un lobo como símbolo de la ciudad, igual que hacían *Ilerda*-Lérida e *Ilteraca* entre las poblaciones ibéricas. Es más, hay constancia, expresa de que los argivos sacrificaban lobos a Apolo, sacrificio rarísimo en el mundo griego y con el sólo parangón documentado del sacrificio del mismo animal a la Artemis de Patras [30]. La leyenda etiológica local decía que «Danao fundó el templo de Apolo Lýkeios cuando se presentó en Argos y disputó el reino a Gelánor, hijo de Esténelas; muchos hablaron al pueblo a favor de cada uno, y creyendo que no tenía menos razón uno que otro, el pueblo decidió suspender el juicio hasta el día siguiente. Al amanecer de este día, un lobo atacó un rebaño de vacas que pastaba junto a la muralla y comenzó a luchar contra el toro jefe del rebaño. Los argivos vieron en estos dos a Gelánor y a Danao, asimilando éste al lobo porque este animal se creía lejos de los hombres, como Danao lejos de ellos hasta entonces. Y como venció el lobo al toro, Danao fue el que obtuvo el reino. Y creyendo que había sido Apolo el que llevó contra el rebaño de vacas al lobo, fundó el santuario de Apolo Lýkeios» (Paus. II, 19, 3-4).

Delante del templo de Apolo Lýkeios había, al decir del Periegeta, «un trono que tiene en relieve la lucha del toro y el lobo, y una doncella que tira una piedra contra el toro y que creen representa a Artemis» (Paus. II, 19,7).

En Delfos y junto al altar de Apolo, situado como de costumbre delante del templo, había un lobo de bronce, del que se contaba que una vez un hombre que había robado riquezas del dios y enterrado por la parte más fragosa del Parnaso, fue acometido por un lobo, que lo mató mientras dormía. Después el lobo bajaba a la ciudad de Delfos todos los días y se **[-93→94-]** ponía a aullar de un modo muy extraño y lastimero, por lo que las gentes barruntaron que en aquello tenía parte el dios, siguieron al animal y encontraron el oro sagrado. Por este motivo, concluye Pausanias (X, 13,7), ofrendaron al dios un lobo de bronce.

Plutarco añade otra noticia al respecto: la de que en la frente del lobo una inscripción hacía constar el derecho de promanteia de los lacedemonlos y que Pericles había hecho grabar en un flanco del animal el mismo derecho para los atenienses (Plut. *Pericl.* 21 ,3). La noticia permite deducir en primer lugar que la estatua era muy antigua, por lo menos del siglo V a.C.; y en segundo, que la asociación del animal con Apolo se fundaba en sus virtudes adivinatorias, puestas ya de manifiesto en la forma como había localizado el tesoro robado al dios.

[29] Cf. W. Fauth, en *Kleiner Pauly*, I, 442 sigs.
[30] Paus. VII, 18,12.

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Cuenta también Pausanias (X, 6,2) que otra vez que la ciudad de Delfos fue alcanzada por el diluvio ocurrido en tiempos de Daucalión, los hombres pudieron escapar y salvarse gracias a que se dejaron guiar por los aullidos de los lobos y fueron siguiendo sus huellas por lo más escabroso del Parnaso. La creencia en la capacidad del lobo para mostrar el buen camino y dar escolta al viajero está muy arraigada en el «wolflore» de todas partes. Consecuencia de ella es la atribución a los lobos de la fundación de Lykoreia, en el Parnaso, a que alude Pausanias, como colofón del relato a que acabamos de referirnos; también la guía prestada a Athámas para la fundación en Halos y la leyenda relativa al establecimiento de los hirpinos en sus respectivas localidades.

EL LOBO ITÁLICO

La religión itálica conservó mejor que la griega, tan moldeada por la *polis* y por la mentalidad del ciudadano, el recuerdo de sus orígenes agrarios y los ritos pertinentes a los mismos. El papel que en algunos de ellos desempeñaba el lobo, símbolo de la muerte y de la guerra, pero también de la purificación, había de dejar portante huellas más nítidas y relevantes que las perceptibles en el mundo de la religión helénica. El mero hecho de que el emblema de Roma sea una loba y de que la más expresiva semblanza o encarnación del Apolo Lýkeios, el «Apolo lobuno», se haya trasmitido mediante la estatua etrusca del Apolo de Veyes, es suficiente para anticipar el contenido de este capítulo.

Hemos acabado el relato del lobo griego con la mención anticipada de los hirpinos, la rama orienta de los samnitas, vecina inmediata de los lucernos en el centro-sur de Italia. Nos trasladamos por tanto a un territorio, el de Samnium global, donde imperaba la ley del *versacrum*, la «primavera sagrada» de la Edad de Hierro itálica. Los mozos sujetos a esta bárbara institución formaban sus hordas armadas en torno a enseñas de guerra santa, y se ponían en camino a la conquista de nuevas tierras. Sus estandartes solían asumir la forma de un animal que protegía y daba nombre a la hueste. Así el toro fue el epónimo de los taurinos, el pájaro carpintero (*picus*), consagrado a Marte, el de los pícentinos, y el lobo el de los hirpinos. Las raíces totémicas de la institución parecen evidentes, pero esto no nos interesa aquí tanto como el hecho de la existencia misma de esas hermandades guerreras y su gran poder expansivo. Así los hirpinos u «hombres del lobo», pues *hirpus* significaba lobo en lengua osca, llegaron a dominar entre los siglos VI y IV a.C. un extenso territorio, que con su centro en los Apeninos, por donde se alzó y pervive la ciudad de Benevento, abarcaba gran parte de las actuales regiones de Puglia y Campania.

Un residuo de esos estandartes licomorfos pudiera ser la enseña que al decir de Plinio llevaba una de las alas de la Legio I romana antes de la reforma de Mario, enseña consistente en la figura de un lobo. (Plin. X, 16). En él vería el ejército el poder de aquel *victor Martius Lupus* que en la batalla de Sentinum, del año 295 a.C. hizo huir a una cierva hacia las filas de los enemigos de Roma y seguidamente se retiró a las de los defensores de ésta, prodigio qué hizo exclamar a uno de los *antesignani* el nombre de *Martius Lupus*, nuncio de la victoria, enviado de Marte y de Rómulo. Tras **[-94→95-]** aquella inyección de moral la victoria sobre samnitas y galos no se hizo esperar. Quiere esto decir que la asociación del lobo con Marte no provenía del episodio de la loba como nodriza de los gemelos romanos, sino que era específica del lobo en general, y dentro de ese marco más amplio de las instituciones itálicas primitivas.

Como animal funerario el lobo estaba también asociado con Dispater, más conocido por Plutón, el Hades de los griegos. El más célebre de sus centros de culto, en

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Roma por lo menos, se hallaba en el monte Soracte, el más elevado de los del Apenino etrusco, a pesar de su modesta altura de 740 metros. La noticia más minuciosa de él la debemos a los comentarios de Servio [31]: «El monte Soracte de los Hirpinos está situado junto a la vía Flaminia. Cuando en cierta ocasión se celebraba en este monte un sacrificio a Dis Pater (pues el monte está consagrado a los dioses Manes) aparecieron de repente unos lobos y arrebataron del fuego las vísceras de las víctimas. Como los pastores los siguiesen con tesón, se vieron conducidos a cierta caverna que expelía un vaho pestífero, tanto que mató a los que se aproximaron; y después se propagó una peste por haber seguido a los lobos. Acerca de ello el oráculo respondió que podrían curarse sí imitaban a los lobos, es decir, si vivían de la rapiña. Una vez que así lo hicieron, fueron llamadas estas gentes Hirpi Sorani, pues lobos se dice hirpi en la lengua de los sabinos. Soranos en cambio se llaman por Dis, pues Dispater lleva por nombre Sorano, como si dijéramos «lobos de Dispater». En recuerdo de ello Virgilio compara poco después a Arruns [32] con un lobo, como Hirpino Sorano».

Los Hirpinos Soranos eran una familia de sacerdotes de Apolo que en el monte Soracte, como recuerda Virgilio, practicaban el rito de andar descalzos sobre brasas, un rito muy parecido, como observa acertadamente Caro Baroja [33] al que por San Juan se practica aún en San Pedro Manrique, provincia de Soria. La comparación de Arruns con el lobo a que se refiere Servio viene en el poema de Virgilio a continuación del relato de la muerte de Camila a manos del etrusco. Arruns, antes de que lo persigan los dardos enemigos, emprende la huida «como un lobo que habiendo matado a un pastor o a un corpulento novillo, corre por senderos escondidos a ocultarse en la alta montaña, y consciente de la audacia de su acto, y con la cola temblorosa recogida bajo el vientre, se interna en los bosques» [34].

Antes de seguir adelante, creo que merece la pena dejar constancia de cómo se celebraba hasta nuestros días la fiesta de San Juan en San Pedro Manrique, según la estampa magistral que de ella traza Caro Baroja:

«... Pasa algún tiempo hasta que se extingue la última llama. Entonces dos hombres extienden la brasa por el suelo, de modo que forme una especie de alfombra de ochenta centímetros de ancho por dos metros veinticinco de largo, que tendrá hasta veinte centímetros de espesor. El público empieza a excitarse. Hay un momento de silencio. Por fin se ve a un mozo, más bien un muchacho que no ha entrado en quintas todavía, que con gesto rápido se quita las alpargatas y coge a cuestas a otro menor. Tras un segundo instante de excitación nerviosa, el muchacho se decide: sin prisa, pisando fuerte, en seis o siete zancadas pasa de un extremo a otro de la brasa. La gente aplaude y otros mozos se animan. Así, vemos hacer lo mismo a siete más, algunos de los cuales repite. Otro, en vez de cargar con un chico, carga con dos. Los viejos recuerdan la época en que ellos

---

31 Serv. *Ad Verg. Aen.* XI, 785: *Soractis mons est Hirpinorum in Flaminia conlocatus. In hoc auten monte cum aliquando Diti patri sacrum persolveretur —nam diis Manibus consecratus est— subito venientes lupi exta de igni rapuerunt. Quos cum diu pastores sequerentur delati sunt ad quandam speluncam, halitum ex se pestiferum emittentem, adeo ut iuxta extantes necaret: et ex inde est orta pestilencia, quia fuerant lupos secuti. De qua responsum est posee eam sedari, si lupos imitarentur, id est rapto viverent, quod postquam factum est, dicti sunt ipsi populi Hirpi Sorani: nam lupi Sabinorum lingua vocantur hirpi. Sorani vero a Dite; nam Ditis pater Soranus vocatun quasi lupi Ditis Patris. Unde memor rei Vergilius Arruntem paulo post comporat lupo, quasi Hirpinum Soranum.*

32 El héroe etrusco aliado de Eneas que da muerte a Camila, reina de los volscos, en el canto XI de la Eneida.

33 J. Caro Baraja, *Ritos y mitos equívocos*, Madrid 1974, pág. 122.

34 Verg. *Aen.* XI, 809 ss.

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

llevaban a cabo la proeza, y hay un gusto general por informar a los forasteros de casos dignos de ser rememorados. Uno nos dice que hace dos años pasó una chica por la brasa. Otro, que él ha pasado durante treinta años seguidos... [35]».

En el monte Soracte convivían, pues, un culto a Dispater y a los Manes y un culto a Apolo como dios de los lobos. En honor de éste se practicaba un rito purificatorio similar al aún vigente en Manrique y cuyos oficiantes eran los Hirpinos Soranos, enclave de los hirpinos del Samnium en territorio etrusco, adonde el lobo insignia los había conducido. En relación con el culto se habla de una caverna que despide un hedor **[-95→96-]** pestilente y que cabría interpretar como entrada al mundo de la muerte, o de los Manes a quienes el Soracte estaba consagrado. Para librarse de la peste los pastores han de transformarse en lobos.

LA LOBA ROMANA

Algo igual o muy parecido a esto debió de dar origen a las *lupercalia* romanas, la fiesta ritual del 15 de febrero en que los romanos se hacían *luperci,* lobos purificadores y fecundantes. El cogollo de la fiesta era también una caverna, la *Lupercal,* en la ladera del Palatino más cercana al Tíber, donde en memorable ocasión las aguas crecidas del río habían depositado la arqueta en que Rómulo y Remo habían sido expuestos a perecer. Allí los había atendido y amamantado la loba sagrada de su padre Marte, y allí había de encontrarlos Faústulo y entregarlos para su crianza a su mujer, Acca Larentia. La *Lupercal* era lugar sabido, y lo mismo su vecina, la *ficus Ruminales,* la higuera a cuya sombra «rumiaban» su pasto los bueyes arcádicos.

Ahuyentada por los pastores, la loba se refugió en el altar próximo del dios Pan, identificado por los romanos con su divinidad nacional de los bosques, Fauno, hijo de Marte y padre de la loba. Así pues Marte, Fauno (acaso Faústulo mismo), la loba y los gemelos llevaban una misma sangre y constituían una apretada familia.

Renunciando a las interpretaciones científicas, reunidas y prudentemente analizadas no ha mucho por Binder [36], volvemos a las *lupercalia*, para añadir que durante las mismas, la mocedad romana (primero la aristocrática, después la de los caballeros y al fin el populacho), constituida en hermandad de jóvenes *luperci,* recorrían la Via Sacra en procesión saliendo del Lupercal y volviendo al mismo, con la desnudez propia de los hombres primitivos y salvajes, apenas paliada por los taparrabos que se habían hecho con los jirones de las pieles de los cabritos sacrificados antes de hacer su salida. De esas pieles eran las correas con que azotaban a las mujeres que les salían al paso con ánimo de ser a la vez purificadas y fecundadas.

Alguien tan ajeno a la historia de las religiones como Cicerón no podía sentir estima alguna por los lobeznos de Fauno y por los ritos que practicaban, de modo que califica su *sodalitas,* su *Männerbund,* de salvaje, pastoril y agreste, «una conspiración silvestre instituida antes que la humanidad y que las leyes» [37]. Es cierto que de lo que se trataba era de imitar a las bandas de Rómulo y Remo en sus años de desenfreno, cuando siguiendo las indicaciones del oráculo se portaban como lobos, y como lobos vivían de la rapiña. La culminación de aquel modo de vida había sido el salvaje rapto de las sabinas.

---

[35] Op. cit. pág. 115.
[36] G. Binder, *Die Aussetzung des Königskindes Kyros und Romulus,* Meisenheim am Glan, 1964.
[37] Cic. *pro Cael*. 26: *fera quaedam sodalitas et plañe pastoricia atque agrestis germanorum lupercorum, quorum coitio illa silvestris ante est instituto quam humanitas atque leges.*

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Aquí Ovidio explica comedidamente el sesgo que tomaron las cosas. El poeta nos dice en los Fastos que después que los romanos raptaron a las sabinas, éstas raramente traían un hijo al mundo. De modo que el pueblo en masa, hombres y mujeres, se encaminó al bosque de Juno en el Esquilino y allí impetró la gracia de la diosa, puesto de rodillas. De repente sobreviene el prodigio, las cimas de los árboles se agitan y a través de ellas la diosa hace oír su mandato: «¡Madres itálicas, entre en acción el sagrado cabrito!». Queda la turba estupefacta por la sibilina respuesta, pero había en ella un augur cuyo nombre borrarán los muchos años transcurridos, un exiliado etrusco recién venido a Roma, y el fue quien sacrificó al cabrito; bajo sus órdenes las muchachas hicieron jirones la piel de la víctima y con ellos se azotaron las espaldas. Transcurridas nueve lunas, todo hombre era padre y toda novia madre [38]...

[-96→97-] Notas al final

[38] Ovid. *Fasti* II, 439 ss.: *Cum subito motae tremuere cacumina silvae / Et dea per lucos mira locuta suos: / «Italidas matres» inquit «sacer hircus inito». / Obstupuit dubio territa turba sono. / Augur erat, nomen longis intercidit annis, / Nuper ab etrusco venerat exul humo: / lile caprum mactat; iussae sua terga puellae / pellibus exsectis percutiendo dabant. Luna resumebat decimo nova cornua motu, / vinque pater subito nuptaque mater erat...*

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia